

1571. El arco central circunscribe a otra menor y tiene en el fondo tres hornacinas con las imágenes de la Virgen, San Juan Bautista y San Bruno. Ante esta portada se halla la Cruz de la Defensa, de estilo Renacimiento, hecha a finales del siglo XVI. Penetrando en el interior se halla un patio, a uno de cuyos lados está la capilla de los Caminantes o del Rosario, y al otro la puerta de comunicación con el llamado patio de las Oficinas, donde hay varias dependencias. Enfrente se contempla la fachada del templo, de gran riqueza y armonía, hecha en 1667, cuyas dimensiones corresponden a las de la nave del mismo. Este gran imponente pétreo, que parece un gigantesco retablo, comprende cuatro cuerpos, con un total de 24 columnas, de ellas 12 jónicas y 12 corintias, varias imágenes que representan escenas de la vida de San Bruno y un balconcillo con balaustradas sobre la puerta y delante de un gran rosetón calado que da luz a la iglesia, rematando el último cuerpo en un pequeño frontón donde se halla una figura que representa al Padre Eterno. El interior, de estilo gótico decadente, consta de una sola nave, con ábside al fondo, cubierto con bóvedas de crucería estrellada. La verja, construida en 1760, constituye un maravilloso trabajo de forja. La portada del coro, de estilo plateresco, fue hecha en 1538. La sillería, que tras de estar durante mucho tiempo en la iglesia de Santiago ha sido restituida a su primitivo lugar, constituye una de las mejores existentes en España, de estilo plateresco, la cual fue hecha por Cristófer Voisin y Jerónimo de Valencia en 1547. Al pie del presbiterio se halla la tumba del fundador de este grandioso monumento, con extensa inscripción. En el lado del Evangelio está la sacristía, cubierta de yeserías, y en el de la Epístola la puerta de entrada al claustro, el cual es de forma cuadrada, con robustos pilares y columnas en los ángulos. El Refectorio, que se cree fue hecho por Diego de Riaño hacia el año 1533, es una de las piezas más notables del monasterio, cubierta con bóveda de crucería estrellada, y tiene portada plateresca con relieve en el intradós, columnas empotradas y bello friso. El Claustro grande, llamado también de los Arrayanes o del Cementerio, de enormes proporciones, pues a su alrededor había veintinueve celdas de monjas, fue hecho en el siglo XVI. Tan excepcional fue el tesoro artístico de la Cartuja que para apreciar debidamente su importancia sería preciso, según apunta Esteve Guerrero, «visitar no sólo diferentes iglesias y museos nacionales, sino también otros extranjeros, en los que se muestran con orgullo muchas obras procedentes de la Cartuja jerezana».

La *Ermida de la Ina* es otro monumento merecedor de ser conocido entre los que existen en el campo jerezano; el cual se halla a unos diez kilómetros de la ciudad, junto al Guadalefe. Aunque su valor artístico sea modesto, pues se trata de un santuario originariamente mudéjar muy reformado en siglos posteriores y actualmente convertido en casa de labor, entraña verdadera relevancia histórica, ya que fue edificado en recuerdo de la victoriosa batalla librada contra los benimerines el 27 de Octubre de 1339. Este encuentro fue posible merced al rasgo heroico del noble caballero jerezano Fernández de Herrera, quien adentrándose en el campamento enemigo vestido de moro, logró decapitar al caudillo sarraceno, Abu Melek, llamado también el *Infante Tuerto*; sembrando el desconcierto entre los sitiadores de la ciudad, lo cual permitió fuesen vencidos, según ya indicamos en la parte histórica.

Castillos y torres. Fueron numerosas las construcciones de esta clase, principalmente las segundas, que hubo diseminadas por la campiña, unas de origen musulmán y otras edificadas después de la reconquista de la ciudad y su territorio, los cuales quedaron como fronterizos, para la necesaria vigilancia defensiva. De la mayor parte de ellas subsisten sólo ruinas, varias torres han sido embebidas en posteriores construcciones y algunos castillos fueron reformados. Hay dos de éstos que todavía conservan parte de su fisonomía prístina: el de *Gigonza*, con patio de armas y torre de origen musulme, que perteneció al Almirante de Castilla don Alonso Enriquez, y el de *Melgarejo*, con gran patio de armas y torre de base cuadrada y cuerpo superior octógono.

CIUDAD DEL AGUA

Ciudad en carne viva,
deshechas alboradas
cayendo ya vencidas.
Agua.

Ciudad, mano de amiga,
sangre de viento y mapa.
Una cruz: golondrina.
Agua.

Ciudad del agua. Día
caído, turbio y malva.
Boca llena de risas.
Agua.

La sombra luz abría
en cristales de lágrimas.
Debajo suena fría
agua.

Corazón,—te lastima
abril en la ventana!
(Dios manó por su herida
agua)

...Y Dios te bendecía:
«en el nombre del agua...»
La ciudad de rodillas
comenzó su plegaria.